

ECUADOR terra incognita



Tiputini
río de piratas

Limoncocha

Amazonía

Civilizaciones



Contenido

10 mil años de inventos en la Amazonía

Esta región, cubierta de niebla y mitos, es cuna de milenarias culturas sobre las cuales apenas estamos aprendiendo. **Stéphen Rostain** nos cuenta cómo nuevas investigaciones han cuestionado las visiones tradicionales de la selva como un espacio sin cultura.

6



Los primeros pueblos amazónicos

Frente al imaginario habitual de la Amazonía como un espacio homogéneo y salvaje, **Francisco Valdez** repasa la evidencia arqueológica reciente; esta nos muestra culturas muy diversas, algunas, como Mayo Chinchipe, de hasta 6 mil años de antigüedad.

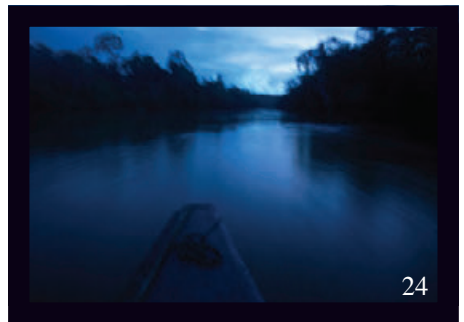
14



Tiputini, el río de los piratas

El tiempo, la gente desnuda y el silencio confluyen en la historia de un río con muchos nombres. El relato de **Miguel Ángel Cabodevilla** nos revela el devenir del río Tiputini donde alguna vez reinaron los desaparecidos omaguas y ahora se escurren los últimos tagaeri y taromenani.

24



Limoncocha

La más pequeña de las áreas protegidas amazónicas es también la de más fácil acceso. **Paola Moscoso** la visita y reseña su historia y riquezas naturales, así como las varias amenazas que se ciernen sobre ella.

44

Además

La Juri Juri

Allimicuna: celebración del babaco

Nuestra fauna: chichico del Napo

Publicaciones

¿Qué lugar es este?

Humor verde

40

50

51

55

56

57



Portada: Fragmento superior de una urna funeraria omagua, colección CICAME.

Foto: Rubén Ramírez / fundación A. Labaka

44

Por el camino de la anaconda

por Paola Moscoso

Veintisiete, veintiocho, veintinueve... voy contando cada uno de los pasos que dejo marcados sobre la sutil mixtura de tierra negra y agua. De pronto, el suelo se afloja y empiezo a sentir que camino sobre agua, y que el agua se escurre desde el borde de mis botas de caucho, hasta inundar mis pies. Estoy enterrada hasta las rodillas en medio de un lodazal. De mi frente emanan gotitas de sudor y una extraña sensación de “inmersión boscosa” invade mi cuerpo. Miro a mi alrededor. Ya no distingo del todo los colores, apenas tonalidades de verde que oscurecen poco a poco, en un paisaje acompañado por toda la escala musical de quién sabe cuántos animales cantores, testigos de un momentáneo extravío en el bosque de los alrededores de la laguna de Limoncocha. Atrás mío viene un compañero. Pese a su talla, la selva también ha logrado detener su paso, y parecería que también su sistema nervioso central. Me mira con ojos alarmados. Apariento serenidad y continuamos en búsqueda del camino perdido de regreso. Aquel corto recorrido, con machete en mano, que decidimos hacer al final de nuestro viaje, se convertiría en momento perdurable que marcaría nuestras vidas.

Llegamos a la estación científica amazónica Limoncocha (ECAL) en un brillante día de octubre, tras descender desde Quito contemplando un paisaje conmovedor: árboles muy viejos y grandes –de más de treinta metros– vestidos de lianas, canastas de nidos de oropéndolas, musgos y flores epifitas bordeando las amplias carreteras construidas por la industria petrolera para acceder a sus zonas de interés. En la ECAL nos instalaríamos un



Marcela García



Roberto Espinosa

Páginas anteriores. Múltiples estratos y microhábitats caracterizan al bosque tropical amazónico. **Arriba.** Una garcilla estriada (*Butorides striata*) sobre plantas acuáticas del género *Montrichardia*. **Derecha.** Cientos de mariposas se congregan en las orillas de la laguna de Limoncocha para lamer las sales minerales del barro.

grupo de científicos por varios días para estudiar técnicas de monitoreo e investigación de la biodiversidad que luego aplicaríamos en el campo. La ECAL se encuentra dentro de la reserva biológica Limoncocha, ubicada al lado nororiental de nuestra Amazonía, en la región suroccidental de la provincia de Sucumbíos. Esta reserva de 4 613 hectáreas comprende la laguna de Limoncocha, la laguna Negra o Yanacocha y un sistema hidrológico interconectado que integra los ríos Capucuy, Itaya, Jivino e Indillana. Las lagunas y humedales del área son ahora “un brazo muerto” del río Napo. Hace cientos de años, el Napo fluía a través de la actual Limoncocha pero debido a la dinámica natural de los ríos amazónicos, su curso cambió por inundaciones y acumulación de sedimentos, y las lagunas quedaron como un remanente aislado del actual río.

En la estación nos recibió don Fredy Grefa Andi, guía nativo kichwa, quien nos condujo al bosque y a la laguna en su súper canoa “Amarun Nan” o “Camino de la Anaconda”. Esta últi-

ma palabra quedó resonando en mi cabeza, recordándome que no tenía la menor idea de a dónde me dirigía cuando tomé en Quito el bus que me conduciría a Limoncocha. ¡Pensar que estos “terribles” animales “inspiraron” horripilantes historias al prolífico cine hollywoodense! ¿Y si nos toca vivir una de ellas?

Ya acomodados, nos reunimos todos en una sala de la estación para recibir indicaciones e información sobre Limoncocha. Aquel lugar inexistente para mí días atrás, se convertiría desde ese día en un sitio especial, sin duda. Esta zona corresponde al bosque húmedo tropical, caracterizado por alcanzar hasta 80% de humedad ambiental y temperaturas que superan los treinta grados centígrados. A estas condiciones se han adaptado varios organismos tras milenios de asombrosa evolución. Así, por ejemplo, unas hojas del dosel (techo del bosque) desarrollaron cutículas particularmente gruesas, capaces de guardar agua para evitar la desecación, otras desarrollaron estructuras en forma de vellos con

el mismo fin y otras más formaron asociaciones con musgos y otras plantas epifitas que también ayudan a retener la humedad.

En la reserva, localizada a 220 metros de altitud, existen varios ecosistemas, como pantanos permanentes, bosque de tierras inundadas, bosque de tierra firme y hábitats acuáticos. A su vez, cada ecosistema alberga un determinado grupo de organismos adaptados a vivir bajo condiciones específicas. Como toda localidad amazónica, la biodiversidad impresiona: casi quinientas especies de aves, más de cincuenta mamíferos, 11% de los anfibios del país, 15% de los peces de la Amazonía. No por nada, la reserva fue denominada en 1998 como humedal Ramsar, otorgándole una importancia internacional adicional que subraya la relevancia de su conservación. Esta área es además un refugio natural de mamíferos grandes en una región, el nororiente del país, cada vez más devastada. No es raro encontrar en uno de los senderos suroccidentales de la laguna, donde aún se ha conservado el bosque en buen estado, aulladores colorados (*Alouatta seniculus*) jugando entre los árboles, mientras nutrias gigantes (*Pteronura brasiliensis*) y capibaras (*Hydrochaeris hydrochaeris*) retozan plácidamente en sus refugios cerca a la laguna. Al mismo tiempo, un silencioso jaguar (*Panthera onca*) acecha a un par de despistados venados (*Mazama americana*).

Con el baile de luces intermitentes anunciando la noche tras el perfil de un ceibo antiguo, nos dirigimos a la laguna Limoncocha o Capucuy. Según cuentan en la comunidad, la laguna fue nombrada así por los antiguos omagua en honor a una especie de platanillo (*Heliconia rostrata*) de frecuente presencia en las orillas. El origen del nombre Limoncocha nació de una anécdota de personas que llegaron a ella posteriormente y encontraron una planta de limón en su orilla, según se dice como rastro de asentamientos previos de algunos “magos” antiguos interesados por el sitio.

Nos subimos en la lancha de don Fredy bañados por la luz tenue de luna creciente. Mi corazón se acelera de emoción. Vamos despacio por la laguna mientras alumbramos sus rincones hasta detenernos ante un reflejo rojo. Don Fredy parece conocer la manera exacta de atraer los caimanes a la lancha. Primero les llama imitando su sonido y luego los “hipnotiza” para que permanezcan inmóviles pronunciando

las palabras mágicas “caspi, caspi, caspi”, que en kichwa vendría a ser “balsa, balsa, balsa”. Así empezábamos a sentir la intensidad y magia que desplegaba el bosque de Limoncocha.

Esta laguna de aguas verdes es atractiva en muchos aspectos. Su gran tamaño, cerca de 3 mil metros cuadrados de espejo de agua, profundidades de hasta tres metros y su forma irregular, rodeada de un profuso bosque donde alternan árboles, lianas, enredaderas, arbustos, palmeras, vegetación acuática –como lechuguines– y otros tipos de vegetación emergente. De día se dibujan siluetas de garzas, patos, hoatzines, martines pescadores, tucanes, caciques, solitarios, garrapateros y otras especies que revolotean por la laguna o cerca a ella. En troncos que emergen del agua aparece uno que otro caparazón de charapa pequeña (*Podocnemis unifilis*) o, con más suerte, de la charapa grande (*Podocnemis expansa*), muy amenazadas por la excesiva recolección de sus huevos. En la noche, en cambio, van agudizándose los sentidos no visuales a medida que empiezan los sonidos y olores de ranas, murciélagos, búhos y otros animales



Rafael Cárdenas / Biográfica



área. Toda esta fanesca de actores trajo sus implicaciones. Por un lado, el crecimiento poblacional en la zona y una demanda cada vez mayor de recursos, con una incidencia directa en el bosque. Del otro, aparece la industria petrolera con sus impactos (tanto para los pueblos como para el bosque) que, tras casi cincuenta años de extracción en la Amazonía, deberían ser de conocimiento público. Basta con volver unos meses atrás –a junio de 2013–, acercarnos a la misma área de derrame en Limoncocha y Pañacocha, y mirar el agua negra y aceitosa. ¡Tóxica

de la oscuridad. Aparecen también insectos fluorescentes que iluminan por microsegundos. Nos comentan que es común ver caimanes negros (*Melanosuchus niger*) –probablemente existen unos cuatrocientos individuos, tal vez la población más grande del país– y caimanes blancos (*Caiman crocodylus*) merodeando por las aguas de la laguna.

Bastaron pocos días para conocer más a profundidad la majestuosidad del área y para encariñarme incluso con las anacondas y boas que ni se inmutaron con nuestra presencia; comprendí, además, que aquel paisaje de “cuento de hadas” tenía muchas historias atravesadas. La que alguna vez fuera una laguna y área de selva frecuentada únicamente por indígenas pescadores y cazadores (ver ETI 13) pasó en los años cincuenta a ser habitada por misioneros evangélicos norteamericanos. Diez años después llegaron los kichwa que levantaron la comunidad Limoncocha a quinientos metros de la laguna. Luego, en 1985, intervino el estado nombrándola área protegida. Para entonces, algunos científicos habían desarrollado sus estudios de la avifauna de Limoncocha, convirtiéndola en el primer sitio de estudio de las aves amazónicas del país. Posteriormente, se designó el bloque petrolero 15, área concesionada y operada en ese entonces por la empresa Occidental y que ahora pertenece a Petroecuador. Finalmente, llegó la universidad internacional SEK, que levantó una estación científica para estudiar los impactos causados por las actividades petroleras en el

para cualquier forma de vida! Basta con intentar tomar el agua, comer un pez o cosechar una planta –incluso luego de varios años– para saber lo que está ocurriendo.

Esta historia simplifica un poco las innumerables historias que se repiten en el Ecuador. Sabemos que es un área privilegiada, los títulos y nombramientos de protección lo señalan. Sabemos que día a día está siendo afectada; los estudios científicos lo ratifican. Todo esto es un indicador de que algo no está funcionando correctamente. No encontramos aún una receta para lograr un equilibrio ser humano-naturaleza. Más bien no la queremos ver. Quizá no nos convenga, tal vez estamos esperando que todo se transforme en un desierto y nos haga falta agua y comida para sobrevivir. El camino está en nuestras manos, somos los constructores de nuestro propio futuro y podemos elegir por dónde queremos seguir.

Así, llegó el final de nuestra estancia de ocho intensos días. Le propongo a uno de mis compañeros ir a dar un paseo de despedida por uno de los senderos que rodean a la laguna de Limoncocha. Para ese entonces creíamos ser unos “expertos” conocedores del área. Al volver, nadie supo de nuestro extravío, a pesar del lodo que cubría nuestras piernas.

Paola Moscoso es bióloga y conservacionista. Integra el equipo del proyecto Washu, que trabaja en conservación e investigación del Chocó ecuatoriano; es colaboradora del archivo fotográfico Biographica. paola.moscoso.rosero@gmail.com

Una riqueza natural única e incomparable

Visitémoslas y aprendamos más sobre nuestras Áreas Protegidas.

